

Formas narrativas de significar la ciudad

Narrative shapes to signify the city

Zahiry Martínez Araujo*

Resumen

El presente artículo constituye un momento de interpretación y reflexión sobre las formas como se configura narrativamente una ciudad latinoamericana a partir de los modos mediante los cuales algunos de sus habitantes cuentan sus experiencias de vivir en un lugar, un espacio simbólicamente afectivo. En este papel de trabajo, abordamos los diversos significados que tiene para la gente sus modos de relación, abriendo las posibles miradas hacia lo identitario, es decir, aquello que constituye las maneras (inter)subjetivas de narrarse a sí mismo y al otro en su relación con el espacio urbano. Para ello partimos del análisis intencionado de un texto específico (un video-documental) donde se les plantea a los jóvenes si se irían de su país y el por qué de su decisión; esto, con el propósito de profundizar en las vivencias de una ciudad que está cercana a deshabitarse. En este recorrido interpretativo damos cuenta de algunos núcleos de sentido que giran en torno a la condición moral encarnada en la descomposición y fealdad de la ciudad; en el temor como devenir de la inseguridad y en las expectativas, nutridas por las dudas.

Palabras claves: Narrativa. Afectividad. Intersubjetividad. Ciudad.

Abstract

This article is a moment of interpretation and reflection on the ways in which a Latin American city is configured through some people's experiences of living in a symbolically affective place. In this paper, we address the different meanings that people make for their relationships, opening our focus to the identity, opening our focus to the identity, which means, what constitutes the ways (inter) subjective of narrates himself and the other in their relation to the urban space. This essay starts intentional analysis of specific text (a video documentary) where they pose to young people if they would leave their country and the reason for their

* La autora es Magíster en Psicología Social de la Universidad Simón Bolívar (2009) Caracas, Venezuela y Licenciada en Psicología Clínica Dinámica, Universidad Central de Venezuela (1998). Es Profesora del Departamento de Ciencia y Tecnología del Comportamiento de la Universidad Simón Bolívar e Investigadora (PEII) del Observatorio Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación de Venezuela. E-mail: zamartinez@usb.ve

decision, in order to deepen the experiences of a city which is near to be left behind. On this tour interpretive realize some sense nuclei revolve around the moral condition embodied in the decomposition and ugliness of the city; in fear and insecurity and future expectations, nourished by doubt.

Keywords: Narrative. Affective. Intersubjectivity. City.

Presentación

Desde hace algún tiempo nos hemos interesado por las formas afectivas que configuran la experiencia del habitar un lugar, un espacio y específicamente habitar la ciudad de Caracas, capital de Venezuela. Por ello hemos puesto atención a cómo se tejen los diversos significados que tiene para la gente sus modos de relación, abriendo las posibles miradas hacia lo identitario, es decir, aquello que constituye las maneras (inter)subjetivas de narrarse a sí mismo y al otro en su relación con el espacio urbano.

Poniendo atención a un polémico video sobre Caracas (Caracas: ciudad de despedida, 2011), nos hemos propuesto interpretar - con la ayuda de la hermenéutica de Gadamer (1977) y Ricoeur (2002)- cómo se articulan, se perfilan estos modos de vivirse y habitarse la ciudad, intentado responder a las preguntas de cómo se significa la vida con relación a la urbe, cómo se relata a sí mismo un joven cuando habla de su condición de ser, estar o parecer de Caracas, cómo se configuran ciertos símbolos vinculados a lo ciudadano y cómo se construyen las exigencias y las expectativas como habitantes de un espacio en común.

Como esta aproximación intenta comprender e interpretar los sentidos que configuran a la Caracas de principios del siglo XXI desde algunos relatos de sus habitantes, nos planteamos acotar e identificar las formas aludidas durante las narraciones sobre la ciudad, con el concurso de imágenes y demás configuraciones estéticas y retóricas, destacando siempre su naturaleza psicosocial, por ende, intersubjetiva.

Al intentar responder a aquellas preguntas, consideramos los relatos publicados en el video como textos (RICOEUR, 2002), donde estos jóvenes cuentan con sus propias palabras, gestos y afectos sus versiones sobre la ciudad y lo que ella significa; atendiendo entonces no sólo a lo que dicen sino a cómo lo hacen. Este video lo apreciamos, siguiendo igualmente a Ricoeur, como acciones humanas significativas, entendiendo entonces que el sentido es

siempre aproximado, por lo que se ofrece la mejor interpretación posible, en este momento particular.

Partiendo precisamente de esta metáfora que propone Ricoeur (2002) de la acción humana como texto, cuando decimos textos, hacemos referencia a toda obra humana que pueda ser leída e interpretada. Para ello, se entiende como texto, la fijación de un discurso por la escritura; y discurso, a su vez, se comprende como un acontecimiento en forma de lenguaje, que posee al menos cuatro rasgos constitutivos: Su instancia temporal y presente; su referencia a quien lo pronuncia (autorreferencial); es siempre acerca de algo (actualiza la función simbólica del lenguaje) y está dirigido a un interlocutor (Ricoeur, 2002).

Tomando en cuenta estas sugerencias, y dispuestos a transitar y fusionar los horizontes de sentido tal como nos lo propone Gadamer (1977), de lo que se trata en un abordaje hermenéutico como el que sigue, no es el de interpretar una acción, una manifestación, una palabra, buscando las posibles intenciones o motivaciones particulares de quien actúa, pronuncia o escribe; sino de interpretar las formas de vida que adquieren, hacen y abren sentido para las personas en el marco de una tradición y de un contexto sociohistórico. (1997, p. 212)

De seguidas, presentamos algunos de los núcleos de sentido que configuran de manera narrativa los significados que tiene una ciudad latinoamericana como Caracas por sus habitantes.

Los sentidos de Caracas

Para tejer los sentidos con los que se configura la relación de los jóvenes habitantes de Caracas, fuimos acotando algunas de las escenas que describen el documental *Caracas: ciudad de despedida* al que hemos estado haciendo referencia. Debemos recordar nuestra consideración de esta pieza como texto, y por ello, insistir en que nuestra experiencia de trabajo observó las maneras que el círculo hermenéutico evoca: el juego entre la comprensión y la interpretación. En este punto, giraremos en torno a estos dos momentos.

La ciudad en descomposición

Caracas –y sus habitantes- es sentida y vivida como una ciudad en descomposición: ella imposibilita por tanto ser vivida a plenitud. Se le mira y se la siente desde el desagrado, la locura, la falsedad, el vacío: ellos dicen “*Ya todo está podrido, pues, los mismos policías ni sirven*”; “*Caracas pareciera que está en construcción, siempre, es mentira*”.

La ciudad es contemplada como espacio encarnado por la fealdad, por lo escatológico, por el más degradado (y desagradable) de los residuos humanos. Su apreciación implica disgusto, asco, indignación. Tal como lo planteara Rosenkranz (1853, c.p, ECO, 2007, p. 16) en su “estética de lo feo” existe una analogía entre lo feo y el mal moral, en ambos hay una desfiguración, una falta de armonía que exalta lo vil, lo criminal, lo débil y lo horrendo. Y todos ellos parecen desdibujar la experiencia de la ciudad, desnudando así la responsabilidad del agente que habita dicha ciudad; es decir, ocurre como construcción narrativa, un desvanecimiento de la implicación moral de quienes habitan la ciudad y es ella, Caracas, en su propia encarnación de lo feo, la que promueve “ese vacío de vivir mi ciudad” tal como se relata.

Esta contemplación genera a su vez que algunos no se sienten “parte de ella”, a otros “les hace falta” la experiencia de habitarla, a unos les da “vergüenza pertenecer” al grupo nacional. En todos estos ejemplos, podemos ver cómo relatan su condición particular de ser joven y de la ciudad.

En los tres casos hay una imposibilidad de ser o de sentirse parte de un grupo social o de una comunidad que brinde seguridad, pertenencia o al menos que comparta rasgos de comportamientos sociales menos disruptivos o bulliciosos, que no generen enfado o cansancio.

Tal como lo plantea Delgado (CORTÉS, 2010), la vida en la ciudad se constituye en una experiencia de extrañamiento y dislocación, “un campo masivo de tensiones, agitaciones y fuerzas enfrentadas de los diferentes sectores que en ella confluyen” (2010, p. 196)

Las concepciones críticas que plantean la construcción de la identidad a partir de las narraciones que de sí mismo y del otro hace un individuo, permiten analizar estos relatos como una ficción, en lo que tienen de relato de sucesos y personajes (DUERO, 2006) Así, quien narra, cuenta sus experiencias a partir de un personaje que actúa con una intencionalidad y un propósito, construyendo su propia versión de sí, ya sea como alguien que permanece igual, que perdura en el tiempo a pesar de los cambios; como un ser adscrito a una categoría (social, étnica, género, etc) o como alguien que pertenece a un grupo (nacional). (ROSA, BELLELI Y BAKHURST, 2000)

Todo esto transcurre necesariamente sobre el eje temporal de la memoria y de la historia, que no es lineal, sino recursiva. Esto es, todo acontecimiento presente posee en sí huellas del pasado, pero el pasado “nos resulta relevante

en tanto que es susceptible de hacérsenos presente ahora” y de lo cual podemos echar mano para construir el futuro (ROSA, BELLELLI Y BAKHURS, 2008, p. 170).

Los recuerdos que son colectivos, como el caso del comportamiento venezolano en los aeropuertos (los aplausos de los viajeros cuando el piloto aterriza exitosamente resultan un caso emblemático), evocan por su riqueza metafórica, negación, vergüenza y repugnancia hacia los que forman parte de su conglomerado social, su comunidad nacional.

No obstante, estas huellas del pasado, resurgen en el presente, con un significado nuevo, especialmente cuando el futuro se avizora diferente. Aquellos gestos negados se asumen con entusiasmo, y la persona se nombra a sí misma a partir de la membresía a una identidad nacional: antes reclamaba con vergüenza “*se nota que son venezolanos*”; ahora al sentir la añoranza por su tierra, exclama “*Yo también soy Venezolana*”.

Así como la fealdad, la falta y la reconciliación con el futuro se predica en la descripción general de la ciudad, el verbo ir (en su condicional simple) sale al paso como una imagen que particulariza las formas afectivas de relación entre nosotros (los “caraqueños”) y ella (Caracas) como lugar, como espacio significativo. La expresión *Me iría demasiado*, parece encarnar la posibilidad de un quiebre, de una distancia entre las expectativas y las experiencias: el verbo Ir según el Diccionario de la Lengua Española (2001, p. 3) significa, en su primera acepción “Moverse de un lugar hacia otro apartado de quien usa el verbo ir” y si vemos de cerca la forma verbal de este participio, dice el mismo Diccionario Apartar: 1. Separar, desunir, dividir; 3.- alejar, retirar.

Estos habitantes de Caracas en sus relatos, cuestionan la posibilidad de ejercer su verbo primordial – aquel que los constituye como seres que habitan, moran, construyen un lugar-. Dice Heidegger “El rasgo fundamental del habitar es este cuidar (mirar por). Este rasgo atraviesa el habitar en toda su extensión” (2001: 110). Si quien como habitante de la ciudad, pone en suspenso su propia condición; si en el habitar está implicado el cuidar, esto plantea una ruptura entre aquel que señala el espacio está descompuesto y el espacio en sí. Es decir, ¿cómo se significa la experiencia de ser-habitante cuando éste no cuida, no pone a buen recaudo el espacio que habita? Tal vez a partir de lo que compromete a la persona (caraqueña) con su hacer - su sentir- sobre Caracas: Si esta es escatológicamente grotesca, algo –o mucho- estamos implicados quienes en ella vivimos.

La Inseguridad

La sensación notablemente presente y sentida a lo largo de estos relatos, es la inseguridad. Ella permite transfigurar incluso lo que nos describe como seres humanos, es decir, nuestra capacidad de actuar con intención y propósitos. Ellos dicen: “*Sabiendo que todos los días te estás arriesgando de una manera brutal para que te pase algo que no quieres que te pase. Como un robo, un secuestro*”.

La vida cotidiana se describe como un poner en riesgo, estar expuesto a, sortear los avatares de, someterse al influjo de algo que no se busca ni se desea. Andar en la ciudad, vivir la ciudad implica entonces dejar de cuidarla, mirar por ella, y ponerse –uno mismo- a buen resguardo, resguardo de la ciudad. Y ese actuar a cuenta y riesgo, no es racional, es más bien animal, como lo muestran en el relato, es *brutal*.

¿Cómo se narra esta trama autobiográfica del ser caraqueño? ¿Qué nos permite entrever la intencionalidad, la racionalidad y la moralidad que nos constituye como sujetos habitantes de una ciudad, de una sociedad, de una historia? Ser ciudadano, al menos caraqueño, implica estar consciente de una acción que aún siendo intencional predispone en su actuar una suerte de irracionalidad o de una predisposición violenta: el riesgo es brutal.

Encuentro resonancia con lo leído en una entrevista realizada al psicólogo social Axel Capriles (publicada en un diario de circulación nacional), donde hace los siguientes señalamientos: “La inseguridad ha cambiado totalmente la forma de vida ciudadana. Ha acabado con el espacio público, con ese espacio de la ciudad donde convivir. Además estamos contaminados de una paranoia colectiva, el tipo de conversación, el andar, todo gira en torno al tema continuo de la seguridad”. (CAPRILES, 2012, p. 4-2)

Este *cambio en la forma de vida ciudadana*, la entiendo como el cambio en las formas de ser “civiles”. Según Corominas (1954), civil viene de “*civilis*”, que es “propio del ciudadano”, sin embargo al principio, su significado era quizás lo opuesto, por lo mezquino, desestimable o de baja condición y proceder, y debido a diversas travesías por regiones y épocas, le tomó tiempo asumir su acepción actual de sociable, de urbano y de civilizado. (Vega, 2007: 163); de hecho, sobrevivió con su sentido latino en aquellas sociedades donde el ciudadano ejercía sus oficios.

Dice Vega (2007) a propósito de la relación ciudad y sociedad civil: “la conclusión es obvia: una ciudad mezquina, ruin, grosera y vil no puede generar una sociedad civil, generosa, sociable, atenta y urbana” (2007, p. 165). Nos preguntamos entonces, de dónde surgen la mezquindad, la grosería, la villanía y lo ruinoso que impide que ejerzamos nuestra condición de civiles; qué posibilita que cambiemos nuestra forma de ser civilizados, qué nos predispone a una suerte de contagio colectivo que nos produce hasta trastornos mentales. “*Es un desorden mental el que tienen los venezolanos*” aparece como parte de uno de los relatos del video. ¿Es entonces un trastorno de personalidad colectiva lo que da cuenta de las consecuencias o de las causas de la inseguridad?

En un estudio reciente realizado por otra Psicóloga social acerca de los discursos cotidianos sobre la violencia urbana en Caracas, su autora (Riveros, 2012) propone como una categoría emergente para comprender las formas como aparece legitimada tanto la violencia como las prácticas sociales de los caraqueños, aquella que remite a una difusa “Cualquieridad”. La cualquierización (si se acepta este neologismo) diluye las fronteras de la seguridad en términos de tiempo, espacio, actor y objeto de la violencia: es decir, cada vez más se hace impredecible cualquier evento donde el ciudadano común esté expuesto a la violencia: *cualquier persona, en cualquier lugar, a cualquier hora del día o de la noche, te puede hacer daño.*

Podríamos decir que narramos nuestra condición de sujetos habitantes de una ciudad a partir de los gestos de lo que algunos autores llaman “La cultura del terror” (Michel Taussig c/p Bourgois, 2010: 62), esto es, “el efecto que engendra la propagación de la violencia en una sociedad vulnerable [(...)] entretanto las imágenes de esta cultura del terror deshumanizan a las víctimas y a los perpetradores”. Si cualquier persona puede aparecer en cualquier lado, el temor y riesgo acaban con el espacio público, tal como lo señalara en la entrevista ya mencionada, ya que esta situación “beneficia por una parte el aislamiento del que los participantes hablan, el encierro; [(...)] y a su vez la imposibilidad de hacer vida en comunidad con los otros, generar organizaciones y movimientos sociales” (Riveros, 2012: 124).

Volvamos a cómo supuestamente la inseguridad acabó con el espacio público, “con ese espacio de la ciudad donde convivir”. Hablar de lo público nos remite necesariamente al origen de la Polis, pero para no reincidir en lo ya conocido, quisiera ahondar en una idea de María Zambrano sobre el nacimiento de la democracia y su relación con la ciudad:

La polis de acuerdo a Zambrano (1988) exigía, para sí, la existencia de un *simple individuo humano*, de un hombre político que se dedicara a ella, y que condujera sus destinos; un hombre que liberado de las condiciones heredadas de las castas, *emergiera como posibilidad y necesidad*, a la par que surgiera la clase social, -específicamente social en su distancia con la comunidad del ancestro-. Ambos de manera simultánea dieron inicio en esta polis griega, al nacimiento de la democracia: El hombre, en su revelación política es individuo y con él, la ciudad se hace ciudad.

Esto es, el Individuo, quien es ahora ciudadano (con excepción de los esclavos) nace simultáneamente con la ciudad, que más tarde entendemos como sociedad, y por ende ambas están en estrecha relación. En palabras de la autora “la ciudad ya está ahí, cuando el individuo nace; mas él ha de hacerla, sin tregua” (1988, p. 112).

El individuo, en su condición de ciudadano, aparece en la historia a partir de su posibilidad de ser civil, de ser en comunidad, y por lo tanto, de hacedor de su ciudad, hacedor de su comunidad. Si la inseguridad acabó con el espacio natural (por usar otra metáfora) como es el espacio público, ¿qué implicaciones tiene esto? ¿Será que los caraqueños no hacemos sin tregua a nuestra ciudad? ¿No somos hacedores de nuestro oficio de ciudadanos?, ¿es posible seguir hablando de ciudad y de individuos— de ciudadanos?

La ciudad dividida

Encarnada en estos malestares, Caracas aparece delimitada, dividida en dos grandes esferas. Bordeada por las diferencias socioeconómicas, Caracas aparece como un valle donde viven “ciudades superpuestas que no se comunican entre sí” dice el periodista Torres (2010). En el video, aparece en varias ocasiones el reconocimiento de esta distancia, de esta diferencia, a veces para narrar a un sí mismo igualmente distanciado del gerundio local que lo constituiría como un ciudadano y que termina por convertirlo en un pequeño animal: “*Yo ni siquiera soy caraqueño. Soy un bicho del este del este*”. Otras veces para dar cuenta de su condición de ciudadanos en tanto que habitante de uno de los lados de la ciudad, y como argumento de su conocimiento parcializado de ella. “*Cada quien habla de lo que conoce, yo he vivido es de este lado, y siempre me he movido de este lado desde mi memoria y no sabría cómo hablar del otro lado*”.

Detengámonos en los modos como se configura la identidad a partir del extrañamiento, sin los significados que suelen intensificar eso que denominamos

el sentido de pertenencia al lugar que se habita, o en este caso, que ocupa de manera aviesa o mal intencionada, es decir de nuevo, aparece la descripción de ente irracional: se es un *animalito* que vive en el *extremo del extremo*.

Las ciudades, “se perfilan en un escenario de dos grandes polos urbanos claramente opuestos y enfrentados: las zonas de clases medias y altas, las cuales se presentan como un remanso de tranquilidad; y por otro lado los guetos (las zonas más degradadas) que son foco de violencia y marginalidad” (Cortés, 2010, p. 135). Caracas no escapa a estas divisiones, tanto simbólicas como materiales; zonas de urbanizaciones, con altos portones y vigilancia permanente por un lado y grandes barriadas de viviendas autoconstruidas, en condiciones paupérrimas, que delimitan el área de los sectores *marginados*, por otro lado. Ambas esferas delinear en la cotidianidad formas particulares de convivir.

Dice Ricouer (2008) a propósito de las relaciones entre las personas y su lugar: “Es cierto que mi lugar está donde está mi cuerpo. Pero colocarse en un lugar y desplazarse son actividades primordiales que hacen del lugar algo que hay que buscar”. (2008, p. 192). Las ciudades y sus divisiones deberían invitar a sus ciudadanos a quebrantar esos muros invisibles, que han demediado el saberse parte de un lugar.

Las dudas: caracas es nuestra

De estos sentidos, emergen también formas en que se describe una relación con Caracas que genera dudas, que se pregunta por sus posibilidades y que describe un futuro esperanzador. Encontramos en el texto expresiones como esta: “*Todo eso que le atribuimos a la situación [...] Yo creo que estamos exagerando mucho todo eso*”.

El trayecto de un relato narrado en primera persona, esta vez, del plural, problematiza la implicación de un colectivo en la concepción y en la experiencia de vivir en la ciudad, relativizando las expresiones individuales, y abriendo así las posibilidades de cuestionar el orden “regular” de las cosas. Al decir regular, queremos enfatizar en lo que de “natural” se le aparece la realidad cotidiana al ciudadano *común y corriente*.

Las dudas en lo que se cree, o en lo que se ha argumentado como acontecimientos que configuran la condición de habitante caraqueño, resultan un contrapeso que mueve la brújula hacia lados distintos, donde se cuestiona, se pone en suspenso, aquello mostrado como lo verdadero y lo ordinario, para

sugerir significados que ayuden en la producción, en la articulación de una identidad con lo nacional. “*Caracas va a ser nuestra ciudad porque si yo me voy y estudio y vuelvo, vuelvo porque es Caracas, porque de aquí soy, porque mis historias están acá, mis días están acá.* Es el futuro que aparece dibujado con optimismo desde un presente que se arraiga a la memoria, al origen, a la genealogía de una vida personal y urbana, que se cuenta como argumento suficiente. Caracas “*es nuestra*” como de ella somos nosotros.

Reflexiones finales

Para responder a nuestras preguntas iniciales sobre cómo se significa una ciudad a partir de las narraciones que de ellas elaboramos, nos planteamos acotar e identificar las formas aludidas durante los relatos que sobre sí mismos y la ciudad se cuentan en dicho video, destacando siempre la “naturaleza” psicosocial, es decir, intersubjetiva que describe y sostiene los contextos sociales y las experiencias humanas.

Esta tarea interpretativa demanda siempre una inagotable tensión por parte del investigador entre los caminos de la explicación y de la comprensión (Ricoeur, 2002); entre la posibilidad de dar cuenta, de hacer inteligible una experiencia humana y de articularla en el terreno de la tradición, con el concurso de otros intérpretes y de otras miradas, que contribuyen a profundizar, a complejizar y a no dar por acabado, las dimensiones paradójicas y dilemáticas de las vida en relación.

Una aproximación de este tino, nos aconseja observar a la realidad en su versión procesual, histórica, dialógica, conjugada por el movimiento constante de las acciones y sus significados en el marco de un contexto sociocultural que es, simultáneamente, prescrito por dichas acciones y significados.

No se trata de ser conclusivo, ni pretender fijeza unificadora en las comprensiones y explicaciones sobre una ciudad y (algunos de) sus ciudadanos, sino de poner en juego las versiones que se co-elaboran y co-producen en el seno de una sociedad particular.

Dice Calvino (2006) “Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje [(...)] son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos”, y nuestra pretensión comprensiva reposa en su escucha y lectura prudentes

Referencias

- ALONSO, L. E. *La mirada cualitativa en sociología*. Madrid: Fundamentos, 1998.
- BOURGOIS, P. *En busca del respeto: vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2010.
- CAPRILES, A. La inseguridad nos conduce hacia una vida poco civilizada. *El Universal*, Caracas, 27 de mayo de 2012, Sección 4, p. 2.
- CARACAS: ciudad de despedida. 2011. Disponible en: <<http://www.youtube.com/watch?v=5SALdqZqmTQ&noredirect=1>>. Acceso en: 15 jun. 2012.
- COROMINAS, J. *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos, 1954.
- CORTÉS, J. M. *La ciudad cautiva: control y vigilancia en el espacio urbano*. Madrid: Akal, 2010.
- DICCIONARIO de la Lengua Española. Madrid: Real Academia Española de la Lengua, 2001.
- DUERO, D. G. Relato autobiográfico e interpretación: una concepción narrativa de la identidad personal. *Athenea Digital*, v. 9, p. 131-151, 2006. Disponible en: <<http://redalyc.uaemex.mx/pdf/537/53700908.pdf>>. Acceso en: 10 feb. 2011.
- ECO, H. *Historia de la fealdad*. Barcelona: Lumen, 2007.
- GADAMER, H.-G. *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme, 1997.
- RICOEUR, P. *Del texto a la acción*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- RIVEROS, R. *Las violencias urbanas en los discursos cotidianos de un grupo de caraqueños*. Trabajo de grado. Escuela de Psicología. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 2012.
- ROSA, A.; BELLELI, G.; BAKHURST, D. Representaciones del pasado, cultura personal e identidad nacional. In: ROSA, A.; BELLELI, G.; BAKHURST, D. *Memoria colectiva e identidad nacional*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000. p. 41-62.

TORRES, H. *¿Cómo se les llama a los que nacen en Chivacoa?*. 7 de junio de 2010. Disponible em: <<http://prodavinci.com/2010/06/07/ciudad/%C2%BFcomo-se-les-llama-a-los-que-nacen-en-chivacoa/.com>>. Acceso em: 12 feb. 2011.

VEGA, F. *La ciudad y el deseo*. Caracas: Fundación Bigott, 2007.

ZAMBRANO, M. *Persona y democracia: la historia sacrificial*. Barcelona: Anthropos, 1988.